

## VOCACIÓN A LA SANTIDAD 5/5

### Características de la santidad en el mundo actual

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Un saludo a todos, estamos ya en la última de estas cinco charlas, que hemos dedicado a hablar de la vocación a la santidad. Os recuerdo brevemente, haciendo una recapitulación, que las dos primeras han sido de fundamentación teológica y las otras tres, hoy es la última, han querido desmenuzar la exhortación “Gaudete et exsultate”, del Papa Francisco, sobre la santidad, publicada el día de San José del año 2018, y en concreto en esta última charla vamos a desarrollar lo que son el capítulo cuarto y quinto de “Gaudete et exsultate”.

El capítulo cuarto de esa exhortación, habla de algunas características de la santidad en el mundo actual. El Papa vuelve a subrayar que, en esta exhortación, no pretende desarrollar cuáles son los medios para la santidad, aunque sí los menta y menta en concreto cinco: 1) los métodos de oración (enseñar a la gente a rezar); 2) la Eucaristía y la confesión, bien celebradas; 3) la ofrenda de nuestros sacrificios (la santidad también pasa por ser educados en ofrecer a Dios nuestras renunciaciones, nuestros sacrificios); 4) las distintas formas de devoción (si existen devociones concretas, de las que el Señor se sirve para llevar nuestro corazón a ser suyo) y; 5) la dirección espiritual. Esto lo menta de pasada, no pretende hablar de ellos, sino más bien, de cuáles son las notas, las características, que en nuestro mundo actual debe de tener la persona que camina hacia la santidad. Y ¿por qué dice “en nuestro mundo actual”? Porque él describe que existen cinco riesgos, cinco límites, de la cultura de hoy, que nos condicionan mucho negativamente.

Estos cinco condicionamientos negativos de la cultura de hoy son: 1) una ansiedad nerviosa y violenta, que nos dispersa y nos debilita; 2) una negatividad y una tristeza (esta cultura se caracteriza por ser muy negativa y triste); 3) la acedia cómoda (el estar desmotivados, esa pereza existencial que se torna consumista y egoísta); 4) el individualismo y; 5) las formas de falsa espiritualidad sin encuentro real con Dios que, hoy en día, se han difundido tanto en este momento de la Nueva Era. Él dice que, las cinco características de nuestra cultura de hoy, acaban siendo grandes condicionantes negativos para la santidad, luego, obviamente, las notas de la santidad, las características de la santidad, son las que tienen capacidad de dar la vuelta, de no dejarse condicionar por estos 5 grandes peligros. Voy directamente a desarrollar, cuáles son las cinco características del rostro de la santidad en nuestro tiempo, frente a estos cinco peligros.

La primera característica que tiene la santidad en nuestro tiempo, frente a esa ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita, a la que se refería al Papa, es tener aguante, tener paciencia, para lo cual es importante tener mansedumbre. Esta es una característica clave de la santidad: tener solidez interior. El santo tiene esta característica, es una persona sólida, con aguante, que no se viene abajo fácilmente; se trata de la

fidelidad del amor. Cuando alguien ama, es fiel y permanece firme, remando en contra de corriente, porque él sabe que está afianzado en Dios y que Dios no le va a fallar; él dice con San Pablo “Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?” Es, por tanto, una característica muy importante: solidez interior, aguante, paciencia, mansedumbre.

Así, frente a esta cultura que se caracteriza por tener una ansiedad nerviosa, porque no sabemos ni lo que queremos, arañamos a los que nos rodean, no estamos en paz con nosotros mismos y estamos en guerra con todos los que nos rodean. Frente a eso, quién vive la santidad tiene mansedumbre, no se deja arrastrar ni por la violencia ni por la vanidad, vive en paz interior. Es muy importante entender que esta mansedumbre, de quién está sólidamente fundado en Dios, renuncia a mirar el mundo con ojos de juez, porque quién mira el mundo con ojos de juez, sutilmente está ejerciendo violencia con los demás. Eso le lleva a vivir ansiosamente, siempre en conflicto con los demás, siempre a la gresca, siempre con problemas y, desde luego, así no se puede vivir con una solidez interior. Uno renuncia a ser juez del mundo, juez de los demás, se centra en lo suyo con firmeza, y eso le permite tener aguante, tener paciencia.

Dios se sirve también, para educar nuestro aguante y nuestra paciencia, de una cosa que es importante, se sirve de las humillaciones. En la vida hay humillaciones y las humillaciones nos forjan: las cosas salen mal y quedas mal delante de los demás. Las humillaciones, que a veces las denostamos como enemigas nuestras, dice el Papa en su exhortación, que forman parte de la pedagogía de Dios, que te educa... ese quedar mal delante del mundo, y que a ti no te importe, que tú por eso no te vengas abajo, que te quedes dónde estabas... sólidamente afirmado en Dios, eso está puliendo nuestra santidad. Es como cuando el carpintero utiliza la lija, utiliza la lima o el punzón para ir labrando la madera, así Dios también a veces utiliza las humillaciones para irnos purificando, para irnos santificando. Finalmente digamos una cosa, y es que solamente de esta forma, nuestro corazón está pacificado, vive sólidamente y vive en paz... puede decir esa expresión del salmo 4: “En paz me acuesto y enseguida me duermo, porque tú Señor me haces vivir tranquilo”. Alguien dijo que la mejor almohada es la confianza en Dios, porque es la que nos permite tener ese aguante, esa paciencia, esa solidez interior. Esta es la primera característica que dice el Papa, de cómo tiene que ser la santidad del mundo moderno, del mundo de hoy

La segunda, frente a esa enfermedad tan extendida que es la negatividad, la tristeza, todo el mundo critica, medio mundo habla mal del otro medio mundo, frente a ese mal, esa peste que está tan extendida entre nosotros, de la tristeza, de la negatividad, todo mundo se queja, una característica de la santidad, hoy en día, es la alegría y el sentido del humor. Un santo está llamado a reflejar alegría y sentido del humor, no porque no viva los problemas de manera realista, porque los problemas los ve; él tiene capacidad de ver que las cosas están complicadas, están difíciles, pero él las ve desde los ojos de Dios y no le quitan la alegría los problemas, él vive con alegría con sentido del humor, y además en sus conversaciones o en su manera de hablar con los demás, transmite un espíritu positivo y esperanzado.

San Pablo, en la carta a los Filipenses, dice “Alegraos, siempre en el Señor, os lo repito, alegraos”. Estamos llamados a vivir la alegría, propia de quién tiene la certeza de que es infinitamente amado por Dios; habrá problemas, tendremos muchos líos, pero esto a mí no me lo quita nadie: no me quita nadie que Dios está conmigo y si Dios está conmigo, tengo razones para la alegría; y los problemas que se me presenten, comparando con ese ‘está

Dios conmigo', serán problemillas. Fijaros, por ejemplo, cómo los santos han sido alegres; fijaros que la Virgen María, que es la cumbre de la santidad, reza en el magnificat: "Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador", la Virgen sería alegre, y por ejemplo, de Jesús se dice en el capítulo 10 de San Lucas: "Jesús se llenó de alegría en el Espíritu Santo", o por ejemplo el discurso de la última cena dice: "Os he hablado de esto para que mi alegría está en vosotros y vuestra alegría llegue a plenitud". Dice eso en el discurso después de la cena, cuando estaba apunto de ser traicionado por Judas y en ese momento en que a Judas le dice "lo que tengas que hacer, hazlo pronto"; sin embargo, esa traición de Judas, no es capaz de quitarle la alegría que él tiene, de estar en el Padre.

La alegría ha acompañado a los santos y la alegría suele venir acompañada del sentido del humor. Y ¿sabéis quién es el patrono del sentido del humor? Santo Tomás Moro, el cual ya hemos hablado, que siendo canciller de Inglaterra, cuando Enrique VIII le condenó a muerte, le condenó a ser decapitado, cuando llegó el día de su ejecución, en una plaza pública llena de gente, le habían puesto un cadalso para ejecutarle, y Santo Tomás Moro pidió al que iba a ser su verdugo, le dijo la siguiente frase: "Me ayuda usted a subir, que para bajar, ya me las arreglaré yo solo" Todo mundo entendió que aquella capacidad de bromear, en ese momento tan dramático, eso era un signo de santidad, era un signo de quién tiene su vida en las manos de Dios. Por lo tanto, segunda característica de nuestro tiempo: el santo brilla, en este contexto tan negativo, tan triste, brilla por su alegría y su sentido del humor.

Tercera característica, el Papa dice que la crisis cultural de nuestro tiempo se caracteriza por la acedia, es decir, por la pereza, por la falta de vitalidad, de vigor, por el egoísmo. Y él dice, "el santo se tiene que caracterizar por la audacia y el fervor", es decir, que la santidad es atrevida. Se utiliza el término de 'parresía'. Parresía quiere decir: audacia, empuje evangelizador, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, no asustarse delante de los demás, decir lo que hay que decir con fuerza, con vigor, aunque uno vaya contra corriente. Acordaros de que Jesús dice: "No tengáis miedo, que yo pondré en tus labios las palabras que tengas que decir"; eso es audacia, eso es fervor. Jesús nos invitó a hablar con ese atrevimiento, con esa parresía.

San Pablo VI, que es el Papa que clausuró el Concilio Vaticano II, menciona entre los obstáculos principales de la evangelización, esa carencia de parresía, de audacia, de fuerza, falta de fervor. Él dice que la falta de fervor es tanto más grave cuanto que viene de dentro. El que le falta fuerza, parresía en sus palabras, en su expresión, eso puede ser perfectamente, un signo de una debilidad espiritual. Obviamente, somos frágiles, no es que se trata de que un santo sea un superman, no, un santo no es un superman, es alguien frágil, es alguien débil, pero como él tiene conciencia de que es portador de un tesoro, por eso es tan atrevido, porque es el Espíritu Santo el que le da esa seguridad interior. Por lo tanto, esta característica es un don, pero obviamente supone superar miedos, no apoyarse en falsas seguridades. Esta parresía, esta audacia, la tiene el que se apoya en Dios; como alguien empieza un poco a apoyarse en sí mismo, empieza a tener miedos. Quién hace muchos cálculos humanos y no se apoya en Dios, no va a tener esta audacia apostólica.

Cuarta característica de la santidad, frente a esta enfermedad tan extendida que es la del individualismo (nuestra cultura se caracteriza por el individualismo), dice el Papa: el santo vive, desarrolla su proyecto en comunidad. La santificación es un camino comunitario, de dos en dos. Jesús, cuando envió a sus discípulos a evangelizar, les envió de dos en dos por motivos de eficacia, eficiencia, pero sobre todo, por motivos de que es importante caminar

acompañados para poder llegar a la santidad. La comunidad es una característica de la santidad de nuestros días. El Papa recuerda que la Iglesia Católica tiene muchos casos en los que ha canonizado a comunidades, grupos de personas que han sido canonizadas en grupo, por ejemplo, los fundadores de la orden de los Siervos de María; las beatas del primer monasterio de la Visitación de Madrid, que fueron martirizadas; San Pablo Miki y compañeros mártires en Japón; el reciente testimonio de los monjes trapenses de Tibhirine, Argelia, que fueron también canonizados (por cierto, maravillosa película de “Dioses y hombres”, con la historia de esos monjes trapenses que fueron martirizados). Es decir, ha sido frecuente el que la Iglesia canonicé a matrimonios juntos, por ejemplo, los padres de Santa Teresita, que fueron canonizados el mismo día, o todos los mártires de esa comunidad de Argelia, etc.

Eso quiere decir, que forma parte del proyecto de Dios el que no caminemos solos, dejarnos acompañar; déjate acompañar frente a esa tendencia que tienes dentro de ti, al aislamiento. Se dice que ‘la cabra tira al monte, pero la oveja fiel al rebaño’. Entonces, tenemos que identificar esa tendencia al individualismo, que es una tendencia de cabra (permítidme esta expresión), que tenemos dentro de nosotros, porque el Señor nos ha querido bajo la imagen de ‘El buen pastor’ que cuida de sus ovejas. San Juan de la Cruz, hablando de cómo nos santificamos en comunidad, viviendo en comunión con otros y no yendo por libre, dice una expresión muy bonita, que un discípulo, viviendo con los otros, el vivir con los demás, “te labra y te ejercita”; claro, vivir con los demás te está haciendo hacer las cosas no a tu capricho, no a tu manera, te tienes que adaptar a los demás. Y en ese adaptarse a los demás, de renunciar a tu capricho de cada momento, así uno se santifica. Uno no se santifica haciendo en cada momento lo que le da la gana. Convivir con los demás es no pensar únicamente en ti mismo; es olvidarte de tu gusto personal muchísimas veces, y ese es el camino de la santidad.

La comunidad es el espacio teologal, dice el Papa, en el que se experimenta la presencia de Dios. A veces pensamos que los demás me estorban, que yo sólo me encontraría más fácil con Dios, pero no es verdad. La comunidad es el espacio teologal en el que se manifiesta la presencia de Dios, entre otras cosas; porque el vivir con los demás nos preserva en los pequeños detalles del amor. Cuando uno hace las cosas sólo, fácilmente degenera, no las hace con cariño, no las hace con esmero...cuando comemos con los demás, cuando compartimos la mesa, hacemos una conversación, un encuentro, nos preocupamos por sus cosas, estamos llenos de pequeños detalles de amor, que son los que educan nuestra alma.

Por lo tanto, frente al individualismo consumista (el individualismo es muy consumista), viviendo uno en soledad, tiende a estar continuamente consumiendo para intentar llenar su soledad, gastar dinero en caprichos por aquí y caprichos por allá. Sin embargo, cuando uno vive de una manera comunitaria es mucho más austero, no necesita tantos caprichos continuos... cuando se comparte la mesa se puede ser muy austero, porque se comparten los alimentos de uno con los de los demás.

Quinta característica: frente a tanta falsa espiritualidad, que confunde el encuentro con Dios con una técnica de relajación, propio de la Nueva Era, tiene que ser una característica del santo, en nuestros días, el espíritu orante, la perseverancia en la oración. Aquel que va forjando su alma en santidad, tiene un deseo muy grande de Dios, tiene deseo de encontrarse con él, cuando tiene un rato libre, va rápidamente ante la presencia del Señor, si me permitís una expresión, ‘le tira al Sagrario’, y especialmente a la adoración eucarística,

que es el deseo de que alguien se ponga delante de Dios y diga 'Dios es el centro de mi vida'; es poner a Dios en el centro y reordenar el resto de las cosas desde Jesucristo. Adorar es poner a Dios en el centro de nuestra vida, de manera que el resto de las cosas van automáticamente a su lugar natural y no pretenden ocupar el lugar central, que sólo puede ocupar Dios. Por tanto, esta es una característica del santo: esa hambre de oración deseo de encuentro con Dios. San Juan de la Cruz recomendaba que uno camine procurando siempre vivir en presencia de Dios, sea de manera imaginaria, unitiva, según se lo permitan las obras, las ocupaciones que está teniendo, pero siempre, aunque esté ocupado, intentar vivir en presencia de Dios. Esto de vivir en presencia de Dios es como estar siempre en cobertura.

El ideal de la oración es que sea continuada, que siempre hagamos las cosas en presencia de Dios. Ahora bien, para poder llegar a esa connaturalidad en la que uno está siempre en presencia de Dios, es totalmente necesario tener ratos específicos en los que uno busque en el silencio de su habitación, o en la capilla especialmente, los encuentros personales con Jesucristo. En toda cosa para discernir, ponerse en presencia de Dios y decir Señor ¿qué quieres de mí? y hacer silencio, y dejar que en nuestra alma él vaya marcando por dónde nos quiere. Por tanto, no es verdad que la oración sea alienante, que sea evasiva, que nos esté como apartando de la verdad de la vida; todo lo contrario, lo que hace es traer a Dios a la realidad de nuestra existencia.

Recapitulo, el Papa dice, son cinco las características o las notas de la santidad, que se le tiene que notar a un santo en el mundo actual. La primera: aguante, paciencia, solidez, mansedumbre; segunda: alegría y sentido del humor; tercera: audacia, fuerza, fervor; cuarta: sentido comunitario; por último: oración constante. Si una persona no tiene estas cinco características, todavía no ha llegado a ese reflejo de la santidad, que es reflejar la luz de Cristo en nuestra vida.

El último capítulo de "Gaudete et exsultate", habla del combate, la vigilancia y el discernimiento. Y vais a ver que el Papa no tiene, digamos, reparo alguno en poner el dedo en la llaga en un tema, del cual hoy en día no les gusta hablar, pero que si lo ocultamos y no hablamos de él, es imposible que alcancemos la meta de la santidad. Me refiero a que la vida cristiana es un combate y es un combate con el demonio, y el Papa lo dice alto, claro fuerte, y de una manera explícita. La vida cristiana es un combate, y no nos equivoquemos de enemigo. A veces nos equivocamos de enemigo en esta vida y uno piensa que 'mi enemigo es mi jefe, que no me deja vivir en paz... mi enemigo es tal persona que me mortifica... mi enemigo es ese político... mi enemigo es Hacienda... mi enemigo es el policía'... ¡Que no!, tu enemigo y el mío es Satanás, y no debemos equivocarnos de enemigo. En esta vida sufrimos mucho y odiamos porque nos equivocamos de enemigo. El Santo Padre dice (voy a leer dos párrafos que me parecen antológicos y están escritos en esta exhortación):

"No se trata solo de un combate contra el mundo y la mentalidad mundana, que nos engaña, nos atonta y nos vuelve mediocres sin compromiso y sin gozo. Tampoco se reduce a una lucha contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones (cada uno tiene la suya: la pereza, la lujuria, la envidia, los celos, y demás). Es también una lucha constante contra el diablo, que es el príncipe del mal. Jesús mismo festeja nuestras victorias. Se alegraba cuando sus discípulos lograron avanzar en el anuncio del Evangelio, superando la oposición del Maligno, y celebraba: «Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc 10,18).

“No aceptaremos la existencia del diablo si nos empeñamos en mirar la vida solo con criterios empíricos y sin sentido sobrenatural. Precisamente, la convicción de que este poder maligno está entre nosotros, es lo que nos permite entender por qué a veces el mal tiene tanta fuerza destructiva”. ¿Por qué el mal tiene un rostro tan increíble? ¿Cómo fue capaz de hacer Hitler lo que hizo? ¿y Stalin lo que hizo? Porque existe el demonio y esa maldad tan extrema solo se explica por el demonio

“Entonces, no pensemos que es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea” No, es un ser angélico personal. Esta insistencia del Papa es muy importante. Cuando uno no tiene claro contra quién está luchando, ¿cómo va a poder ganar esa batalla? La batalla de la santidad, obviamente, pasa por saber contra quién estoy luchando, quién es mi enemigo, identificarlo, desenmascararlo y no negociar con él; con el demonio no se negocia, sino que sencillamente se le corta.

Si me permitís un puntito de humor (que siempre es posible incluso cuando hablamos de cosas tan serias y tan dramáticas como ésta), alguien dijo que con el demonio hay que aplicar la siguiente máxima: “al enemigo, ni agua y en el desierto, polvorones”, quiere decir que en la batalla contra las tentaciones no hay que negociar, que hay que ser radicales; acordaros de esas palabras del Evangelio: “si tu mano te hace caer, córtatela, así es la radicalidad evangélica. La Palabra de Dios nos inclina a afrontar las asechanzas del demonio.

El combate contra Satanás supone, el combate contra la mundanidad, y el combate contra la propia fragilidad que llevamos dentro de nosotros, porque mundo, demonio de carne son los tres enemigos del alma. Ahora bien, yo me atrevería decir que el demonio es como un tenista que tiene dos raquetas, una raqueta en cada mano, una raqueta es el mundo y otra raqueta es la carne; el demonio afronta las tentaciones, a veces en directo, pero muchas veces a través de la mundanidad, de un mundo que nos arrastra, y a través vez de la carnalidad, de la debilidad de la carne.

El Papa, aquí también, nos dice que en el combate contra Satanás, el Señor nos da armas poderosas e inventa ocho armas: 1) la fe que se expresa en la oración; 2) la meditación de la Palabra de Dios; 3) la celebración de la Misa; 4) la adoración eucarística; 5) la reconciliación sacramental; 6) las obras de caridad; 7) la vida comunitaria y; 8) el empeño misionero. Nadie puede resistir a Satanás si pretende quedarse en punto muerto. La única manera de vencer es apostar plenamente. Solamente hay una manera de ser bueno, que es ser mejor, decía San Bernardo; que se decida por todas y no conformarse con un pacto de mediocridad, un pacto de mínimos.

Pues bien, queridos todos, hemos ido desarrollando toda una presentación del proyecto de santidad. Os recuerdo que de estas cinco conferencias, las dos primeras estaban más referidas a la fundamentación teológica de lo que es la santidad. Las tres últimas se han desarrollado, sirviéndose de las reflexiones de “Gaudete et exultate”, del Santo Padre, consejos prácticos que iluminan nuestro camino de la santidad. Dice el Santo Padre una cosa que es importante: “Yo asoció la santidad con la paciencia”, como dije en otro de los programas, la santidad no es que sea difícil, Dios no nos puede pedir algo que sea imposible; si Dios nos pide algo, nos da la gracia para ello. Si Dios te dice “sé santo” ¿cómo te va a pedir algo que tú no puedes alcanzar? eso sería contrario a su amor. Cuando él pide algo, te lo está dando.

La santidad, por lo tanto, no es difícil, pero eso sí, es un camino largo, es un camino que llega hasta el final. ¿Cuándo termina nuestro combate por la santidad? Nuestro combate por la santidad termina hasta el momento de expirar, hasta que en el momento final de nuestra vida podamos decir 'a tus manos encomiendo mi espíritu', y es el proyecto de nuestra vida, morir santamente; vivir santamente para morir santamente. Se muere como se ha vivido. Si tú quieres morir santamente, si tú quieres que las últimas palabras de tu vida sean 'Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu' y poder descansar, para poder morir santamente, vive santamente. Repito, y el Papa dice "yo asoció la santidad a la paciencia" porque es importante ser perseverante, perseverante, perseverante. Uno en ese camino, puede tener caídas, pero lo peor sería la falta de perseverancia, lo peor sería la desesperanza.

Alguien dijo, que hay una cosa peor para un violinista que toca en una orquesta, hay algo peor que desafinar en una nota, que es tocar sin pasión, eso es peor. Mira, una cosa es que un día desafines una nota, pero que tú toques el violín sin pasión eso te excluye como músico. Algo así pasa con nosotros, podemos tener debilidades, podemos tener caídas, pero perder la pasión por la santidad, perder el deseo de ser lo que Dios quiere que seamos, eso supone un fracaso de vida. Por lo tanto, que nuestras debilidades no nos roben la esperanza de la santidad. Dice el Papa, 'para mí, la santidad y la paciencia tienen mucho que ver', porque la paciencia es la perseverancia; y ofrecemos al Señor, mantener nuestro deseo de santidad hasta el final... 'Señor, te ofrezco este deseo, que mis momentos malos no me roben esa esperanza. Yo creo en ti, creo que si tú me has pedido la santidad, tú me vas a dar ese don, que el que comenzó a mí la obra buena, él mismo la va a llevar a término. Tú comenzaste en mí la obra buena, el día de mi bautismo. Tú la vas a llevar a término'.

El Papa, dice al final, refiriéndose a María: "Quiero que María corone estas reflexiones, porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús. Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada. Es la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña. Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos. Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez 'Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor está contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén". Que así sea.